

Ricardo E. Latcham.

## Los indios Chiquillanes

**L**OS historiadores de Chile del siglo XVIII hablan de una nación de indios que habitaba la Cordillera de los Andes entre Santiago y Chillán, a la cual dan el nombre de *Chiquillanes*. Sin embargo, estos indios no figuran en la verdadera historia del país, y los detalles que han traslucido respecto de ellos son escasos y vagos. Antes de los mediados del siglo en referencia, no figura su nombre en ninguna parte, ni en las crónicas ni en los documentos, y contar desde principios del siglo XIX no lo volvemos a encontrar.

¿Quiénes eran estos indios? ¿De dónde vinieron y qué se hicieron?

Ningún etnólogo moderno se ha preocupado de ellos y etnográficamente no son conocidos, aunque no hay duda que existieron. En el presente artículo trataremos de decifrar la incógnita que los rodea, para descubrir, si es posible, su origen.

Antes de todo, veremos qué es lo que nos cuentan de ellos los historiadores del siglo XVIII, los únicos, como hemos dicho, que los mencionan por este nombre.

Las primeras noticias que conocemos, es un breve párrafo que da Amat y Juinent en su *Derrotero* \* escrito en 1760 y publicado en 1770 a 74. Tomás Falkner, escribiendo sobre los

---

\* Historia geográfica e hidrográfica con Derrotero general del Reino de Chile, etc., por don Manuel de Amat y Juinent. (1770-1774). Publicada en la Revista Chilena de Historia y Geografía. Tomos XLIX a LV, 1926 y 1927.

indios de las Pampas y de la Patagonia, en 1774, no los menciona; pero el mapa de Cano y Olmedilla, publicado en 1775, los coloca en la parte oriental de la Cordillera, entre los volcanes Maipo y Peteroa, es decir, entre los grados 34 y 35½.

En seguida, el Fray Antonio Sors, quien escribió antes del año 1780, los nombra de la manera que sigue: «es preciso saber que los indios que viven en las cordilleras que miran a la capital de Santiago y tienen su comunicación por Cachapoal, se llaman *Chiquillanes*, y los que viven al otro lado de la Cordillera de Chillán, se llaman Puelches, aunque todos verdaderamente son Pehuenches\*.

Algunos años más tarde, el Abate Molina y Gómez de Vidaurre los describen brevemente, sin dar ninguna noticia respecto de su origen, aunque el primero los considera afines a los Patagones. El Padre Ramírez los menciona de paso, diciendo: «el pretendido *butalmapu* de los Pehuenches, o *piremapu*, constaba de los *aillarehues* de quilolco, Rucalhue, Callaqui y Lolco y en el vivían antiguamente los *Chiquillanes*»\*\*.

Lo que dice Amat y Juinent es lo siguiente: «Se advierte que por el desembocadero de Tinguiririca, Teno, el Huayco y Lontué tienen salida y entrada los indios *Chiquillanes* que habitan entre las cordilleras. Son estos indios salvajes y bárbaros, sin trato con los españoles, sino a ciertos tiempos en que los fronterizos comercian la sal que cuaja en abundancia y muy sabrosa en las grandes lagunas que tienen los valles que cierran las cordilleras. Aliméntanse estos indios de toda especie de carnes sin reservar los caballos y yeguas, y transitan de una a otra parte de la cordillera mudando las fonderías en que viven según les parece conveniente para sus contratos y robos».

«Valles del Diamante son grandes entre las cordilleras de la parte del este y pasan por ellos hermosos ríos. Son habitados de Indios *Chiquillanes* mezclados con otros»\*\*\*.

\* Historia del Reino de Chile, situado en la América Meridional, por el Fray Antonio Sors. Publicada en la Rev. Chil. de Hist. y Geog. Tomos XXXVIII y siguientes. 1921 y 1922.

\*\* Crónicas sacro-imperial de Chile, por el P. Francisco Ramírez, citado por don José Toribio Medina en su «Aborígenes de Chile».

\*\*\* Derrotero. Tomo LI y T. LIII.

Gómez de Vidaurre escribe: «Los montañeses son los *Chiquillanes*, los Pehuenches y los Puelches: habitan los valles de la cordillera bajo chozas de cuero de guanaco que mudan cuando les parece de un sitio a otro y se alimentan de carne de animales silvestres y presentemente de prefencia de carne de caballos.

«Los *Chiquillanes* se extienden en la parte más oriental de esta montaña desde el 34° hasta el 34½°. Esta tribu, la más bárbara de todas las chilenas, va cuasi desnuda; *su lengua es un idioma muy corrupto y gutural*. No se cuida de la agricultura ni procura hacer provisión de nada para la casa. Viven de raíces y de la caza» \*.

Molina es un poco más noticioso, aunque son pocos los datos nuevos que agrega. Dice: «La parte más desierta de esta cordillera es la situada entre los grados 24 y 33 de latitud, porque lo demás hasta tocar en el grado 45, está poblado de pueblos Chilenos llamados *Chiquillanes*, Pehuenches, Puelches y Huilliches, los cuales, como manifestaremos en su lugar, son los célebres *Patagones* que han dado materia para que se discorra tanto en Europa» \*\*.

Al hablar de la fundación de San Bartolomé de Gamboa (Chillán) dice que después de la muerte del Gobernador Quiroga y nombrado sucesor Martín Ruiz de Gamboa: «este empleó los tres años que duró su gobierno en oponerse por una parte a Payneñamcu, y por otra, a las irrupciones de los Pehuenches y de los *Chiquillanes*, quienes solicitados por los araucanos habían principiado a molestar las Colonias Españolas».

«Los *Chiquillanes*, que algunos tienen falsamente por un aduar de los Pehuenches, habitan al N. E. de éstos, sobre las faldas orientales de los Andes. Estos son los más bárbaros, y por consecuencia los menos numerosos de todos los Chilenos, pues es cosa cierta que el estado de la vida selvática es tanto menos

---

\* Historia geográfica, natural y civil del Reino de Chile, por Felipe Gómez de Vidaurre. Libro VI.

\*\* Compendio de la Historia de Chile. Lib. I, Cap. 1, p. 9. Ed. Arquellada. Madrid, 1788.

propicio a la población, cuanto más rústico. Andan casi desnudos o se cubren con pieles de huanaco. Se ha observado que todos los Chilenos habitantes en los valles orientales de la cordillera, no sólo de esta, sino también de las tribus Pehuenches, de los Puelches y de los Güilliches, son más rubios que los demás sus compatriotas situados al poniente de aquella montaña. Todos estos Montañeses orientales se visten de pieles, se pintan la cara, viven por lo común de la caza, y llevan una vida vagabunda. Estos son, como hemos dicho otra vez, aquellos renombrados *Patagones* que se dexan ver hacia el Estrecho Magallánico, ya como gigantes enormes, ya como hombres de estatura un poco superior a la común. Pero lo cierto es que ellos son, generalmente hablando, de alta estatura y de notable robustez\*.

Estas son prácticamente todas las noticias respecto de estos indios que consignan los cronistas al referirse directamente a los indios *Chiquillanes*. Algunos datos aislados se pueden recoger de los documentos del siglo XVIII—cartas de misioneros, informes de las autoridades, etc.—los que reunidos nos proporcionan algunos nuevos detalles.

Así, aprendemos que eran nómades, cazadores de huanacos y avestruces, que eran de alta estatura, cuerpos delgados y enjutos, grandes corredores y de color oscuro. Solían reunirse en los llanos de Talcarehue, cerca de San Fernando, durante los meses de Diciembre o Enero de cada año, donde se establecía una feria en que cambiaban sus productos con los españoles. Comerciabán ciertas especies, como cestería, pieles y cueros adobados de huanaco y avestruz, plumas y plumeros, sal, charqui de huanaco, raíces y plantas medicinales de la cordillera y piedras bezares. Recibían en cambio, trigo, tejidos de lana, vinos y objetos de fabricación europea. En dos o tres ocasiones hubo ordenanzas del Cabildo de Santiago, a cuya jurisdicción todavía pertenecía, reglamentando este comercio y prohibiendo la venta de licores y vinos a estos indios, como también a los Pehuen-

---

\* Compendio de la Historia de Chile. Lib. IV, Cap. 3, pp. 226-7.

ches que igualmente frecuentaban dichas ferias, y hubo inspectores y tropa de línea para guardar el orden y para impedir el tráfico de armas. Durante el tiempo que duraban las ferias había una tregua a las hostilidades mutuas, que por otra parte raras veces pasaban de robos y saqueos de las estancias aisladas y el rapto de las mujeres y niños de los indios de paz. Sus armas favoritas eran el arco y las flechas y, como todos los indios de las pampas, las bolas. No habitaban los valles en este lado de la cordillera, pero, como hemos dicho, hacían incursiones ocasionales en el territorio chileno y después de aterrorizar alguna comarca por algunos días, volvían a sus tierras con el botín recogido, por pasos conocidos sólo por ellos.

Vemos que algunos de los escritores declaran que los *Chiquillanes* no eran sino tribus de *Pehuenches* y que Molina lo niega. Aquella idea se originó con el Padre Falkner, cuya denominación de los indios chilenos era aceptada por la mayoría de los historiadores de su época, como el Padre Sors, Pérez García y otros, aunque Gómez Vidaurre se adhiere a la opinión de Molina.

Falkner llama *Moluches* a todos los indios chilenos, incluso los de ambos lados de la cordillera, y los divide en tres secciones; *Picunches* (gente del norte), entre Coquimbo y el grado 35; *Pehuenches*, entre este último grado, y Valdivia, y *Huilliches* o *Moluches Meridionales*, entre Valdivia y el Estrecho de Magallanes.

De los *Picunches* dice: «los de esta banda (oriental) alcanzan hasta más abajo de Mendoza y son llamados por los de la otra banda *Puelches* (orientales) y por los del sur *Picunches* (septentrionales)».

Los límites de la provincia de Mendoza, como también los de Cuyo, llegaban por el sur, hasta el río Diamante. A los que habitaban al sur de este río los llamaban *Pehuenches*.

Esta denominación fué adoptada por otros historiadores, especialmente por Pérez García, quien llama *Pehuenches* a todos los indios entre el Cachapoal y el Golfo de Reloncaví, a uno y otro lado de los Andes.

Empero, Falkner, a diferencia de los que le copiaron, sólo dió una interpretación geográfica a sus denominaciones y no discutía la propiedad étnica de su distribución. Llamaba *Pehuenches* a todos los indios que habitaban la región donde crecía el pino chileno (*araucaria imbricata*), desde el norte de Chillán hasta Villarrica e incluía las provincias costinas porque en la cordillera de Nahuelbuta crecía el mismo árbol. Los demás escritores y en especial Pérez García, dieron un significado étnico al término *Pehuenche* y en esto consiste el error de sus divisiones, error que por el motivo indicado, no se puede achacar a Falkner.

Aclarado este punto, veamos lo que dicen los pocos escritores modernos que se han preocupado de los *Chiquillanes*. Ramón Briceño, en su *Repertorio de Antigüedades Chilenas*, dice: «*Chiquillanes*: los indios que habitan las faldas orientales de la cordillera, gobernados por cinco caciques o jefes de tribu».

Francisco Solano Asta Buruaga en su *Diccionario Geográfico de Chile*, bajo la voz *Chiquillanes*, dice: «Parcialidades de indios que a la entrada de los españoles en Chile ocupaban la parte llana del departamento de Chillán hasta las faldas de los Andes. Después se confundieron con los *Pehuenches* de la sección oriental. De su denominación, que equivale a gente enojadiza, procede la de Chillán».

Estos datos del geógrafo, son a todas luces erróneos. Como hemos dicho, ningún historiador de la Conquista menciona dichos indios, y aun los que los nombran en el siglo XVIII nada dicen de que ocupaban los llanos de Chillán, los cuales, como sabemos por otras fuentes, estaban habitados por indios agricultores de otra índole. También la supuesta derivación es completamente sin fundamento. Chillán se deriva de *chilla*, una especie de zorro pequeño, que todavía abunda en la comarca. El Padre Rosales, al hablar del origen de dicho nombre, dice que la ciudad fué fundada por Martín Ruiz de Gamboa en 1580; «y llegando a un valle que se llamaba Chillán o por un río de ese nombre o porque el valle y el río le tomaron de un animalejo que allí se halla que se llama *chilla*, fundó la ciudad

de Chillán, a quien puso su nombre, llamándola San Bartolomé de Gamboa. Fué importante su población por el amparo de los indios de aquellos valles y para llabe del enemigo, especialmente de los *pegüenches* y *serranos* de la cordillera que por allí tenían la puerta abierta para infestar la tierra».

Estas son en resumen las noticias directas más importantes que hemos podido reunir en que se refieren a estos indios por su nombre de *Chiquillanes*, porque los demás autores no hacen más que reproducir estos mismos datos. Muy pocas en verdad y ningunas antes del siglo XVIII, aunque Molina dice que a la fundación de Chillán, solían hacer sus irrupciones juntos con Pehuenches.

¿Quiénes eran estos indígenas que aparecen tan repentinamente en las descripciones de los indios chilenos de aquella época? ¿Existen otras noticias anteriores que nos permiten formar alguna idea respecto de su origen?

Sabemos por los escasos detalles reproducidos, que la región que ocupaban a mediados del siglo XVIII eran los valles orientales de la cordillera, desde los nacimientos del río Diamante hasta la altura de el volcán Peteroa; que eran nómades cazadores y que en sus correrías frecuentaban las pampas. Sabemos también, por lo que nos dice Gómez de Vidaurre, que su idioma no era el araucano.

En 1551, Francisco de Villagra, quien venía por el lado oriente de la cordillera, con socorros para Pedro de Valdivia, se vió obligado a invernar en el valle de Quantata, donde después se fundó la ciudad de Mendoza. Durante los meses de su estadía en ese lugar, mandó una expedición a explorar el territorio hacia el sur. Los expedicionarios llegaron hasta el río Diamante y se noticiaron de los indios del distrito.

Algunos años después, en 1563, Juan Jofré, al refundar la ciudad de Mendoza, también exploró la misma región y la encontró bastante poblada. Ni el uno ni el otro dejó, sin embargo, alguna descripción de estos indios ni los menciona por sus nombres.

El Padre Diego de Torres y el Padre Alonso Ovalle, el uno

a principios y el otro a mediados del siglo XVII, hicieron una breve descripción de los indios de Cuyo, sin mencionar a los *Chiquillanes* o hablar de los habitantes del sur del Diamante.

No obstante, es conveniente ver lo que dice el Padre Ovalle de los indios de la parte meridional de la provincia de Mendoza, quienes eran, en su mayor parte, nómades y recorrían los llanos hasta el río Desaguadero en las fronteras de San Luis, hasta las lagunas de Guanacache por el norte.

«Los indios de las provincias de Cuyo, aunque por la vecindad y frecuente comunicación con los de Chile, se les parecen en muchas cosas, en otras no, porque, lo primero, no son tan blancos, antes son de color tostado. Lo segundo, no son tan limpios y aseados, ni cuidan tanto de hacer casas en que vivir y las que hacen son unas chozas muy miserables y los que viven en las lagunas hacen unos socabones en la arena, donde se entran como fieras. Lo tercero, no son tan curiosos y aplicados en labrar la tierra y así no tienen la abundancia y regalo que los chilenos. Lo cuarto, no son tan soldados ni se ejercitan en las armas ni tienen aquel valor y ánimo guerrero que hemos dicho de los de Chile. También se diferencian en la lengua que hablan, de manera que no sé que tengan ni una palabra que sea común a unos y otros; cada país habla la suya.

«Para contrapeso de estas ventajas que los indios de Chile hacen a los de Cuyo, se la hacen éstos a aquellos, lo primero, en la altura de los cuerpos, porque los de Cuyo son de ordinario como varales, aunque no son tan robustos como los de Chile, porque son muy delgados y enjutos y crían muy poca carne. También se aventajan en algunas cosas de manos que piden prolijidad y flema, como es hacer cestas y canastillos de varios modos y figuras, todo de paja, pero tejido tan fuerte y apretado, que aunque las llene de agua no se sale, y así hacen de esta materia los vasos y tazas en que beben, y como no se quiebran aunque caigan en el suelo, duran mucho, y son de estima, particularmente las curiosidades que de este género hacen para varios usos, tejidos de diversos colores.

«También hacen muy blandos y suaves pellones de varios animales, que cazan en el campo, que son muy calientes y regalados en el invierno. Cazan también las avestruces, de cuyas plumas tejen los plumeros de que se visten en sus fiestas, y sirven para muchos buenos efectos. También hacen plumajes de varios pájaros, y cazan los guanacos y venados, y así son los dueños de las piedras bezares que venden a los españoles. Generalmente son más belludos y bárbaros que los de Chile... Son casi todos bien tallados y dispuestos, galanes de cuerpo, bien agestados, de buenos ingenios y habilidades, las mujeres son delgadas y muy altas, y en nación alguna las he visto jamás que lo sean tanto; pintanse las caras de un color verde inseparable de su tez, por estar penetrado en ella: lo ordinario es pintarse sólo las narices, algunas pintan también la barba y los labios, otras toda la cara; visten decentemente, así mujeres como hombres, y aquéllas dejan crecer el cabello cuanto pueden, y éstos sólo hasta el cuello: lo demás como los de Chile.

«Son muy sueltos y ligeros y así grandes tragadores de leguas... cargadas las mujeres con sus hijos en las cunas, las cuales asidas a un ancho cajón que atraviesan por la frente, las dejan caer por las espaldas. Al cazar los venados se les acercan y van en su seguimiento a pie, a un medio trote, llevándolos siempre a la vista, sin dejarles parar ni comer, hasta que dentro de uno o dos días se vienen a cansar y rendir de manera que con facilidad llegan y los cogen y vuelven cargados con la presa a su casa... son también grandes cazadores de arco y flecha, en que son muy diestros» \*.

Unos pocos años después de publicar su libro el Padre Ovalle, escribió el suyo el Padre Rosales. Su descripción de estos mismos indios confirma y complementa las noticias que acabamos de copiar. Dice:

«Vistense todos generalmente de pieles y se pintan el rostro y el cuerpo con varios colores, amarillos, azules, negros y colorados. No siembran por ser la tierra muy estéril y las sales

---

\* Histórica relación del Reino de Chile. Lib. III, Cap. VII.

tan fervientes y de arenales, y sólo se sustentan de la caza de avestruces, liebres, venados, guanacos, quirquinchos y viscachas.

«Cazan con arco y flechas, y las flechas son de una bara y el arco del alto de un hombre, en que son muy diestros y de un flechazo pasan un toro de parte a parte, ayúdanse de perros para atajar la caza y también de unas bolas de piedras, atadas con nervios, que arroxadas con grande fuerza y cogiendo vuelo con la una, manejan un toro y un caballo cuando va más veloz en su carrera. Sus casas son portátiles, de pellejos de baca y de guanacos cosidos unos con otros, y en faltando la caza en esta tierra cargan las casas, arrollando los pellexos y se pasan a la otra, donde vuelven a armar su ranchería. Son todos estos indios tímidos, pusilánimes y nada belicosos, y en todo diferentes a los de Chile.

«En muriendo un indio se junta toda la gente a enterrarle y todos aunque no sean parientes, se han de estar llorando veinticuatro horas y repelándose los cabellos. Y al cabo del año le hazen las honras volviéndose a juntar todos y para esto le desentierran, que por ser los lugares de los entierros muy húmedos se conservan con su carne. Y uno que tiene officio de ciruxano o anatomista le va cortando toda la carne, dejándole los huesos limpios, que seca al sol y luego los va pintando de colorado, amarillo y otros colores y la carne la entierra y si algún perro acierta a llegar y coger algún pedacillo le ha de matar, y si no le tienen los parientes por enemigo, porque echó la carne de su pariente a los perros y le procuran quitar la vida con veneno. Los huesos ya pintados los ponen en una bolsa de pellexo de varios colores y lo cubren con la mejor ropa que tienen, y el Padre o el pariente más cercano trae para las honras el mejor caballo que tiene y le mata y reparte entre todos, dando a cada uno de los que le ayudan a llorar un pedazo, y el llanto es de todos con grande amargura y voces, repelándose la cabeza y pintándose de negro y colorado las caras. Y acabadas las honras ponen los huesos en unas alforjas muy pintadas y sobre un caballo los llevan a que descanzen de los trabajos de la vida en una casa que para esto les ha-

zen junto a las suyas, y siempre que se mudan ha de ser la primera casa que se arma la de los huesos del difunto. Para el día de las honras echan el sermón al indio más viejo y más elocuente, el cual habla altamente de la brevedad de la vida, de la certidumbre de la muerte y consuela a los vivos con razones eficaces».\*

Por estas descripciones, queda de manifiesto que los indios que ocupaban la provincia de Mendoza en los siglos XVI y XVII en nada se asemejaban a los indios de Chile, ni en su cultura, ni en sus costumbres, ni en su lengua, ni en su aspecto físico. El Padre Falkner comenzó a recorrer las Pampas en el cuarto decenio del siglo XVIII. Rosales escribió en 1674. No creemos que en los cincuenta o sesenta años que median entre las dos fechas haya cambiado radicalmente la población de la región. Estimamos que el Padre Falkner nunca visitó esta provincia, y dejándose engañar por la costumbre de incluir los indios de Cuyo entre los indios chilenos, como efectivamente lo eran en aquel entonces, cuando Cuyo formaba una parte de la Gobernación de Chile, ha supuesto que todos formaban una sola raza. Otros escritores le han seguido, sin investigar la verdad de la declaración del padre jesuita.

Cierto es que cuando escribió Falkner, se había modificado grandemente la distribución de los indios de la pampa y que los Araucanos desde principios del siglo habían reemplazado en gran parte las naciones anteriores; pero no tenemos noticias incontestables de que habían ocupado las tierras cordilleranas al norte del Diamante, y sabemos que durante todo el siglo XVIII los *Chiquillanes* ocupaban la región que hemos asignado a ellos.

Comparando los pocos detalles que hemos podido reunir respecto de estos indios, con las descripciones de los Padres Ovalle y Rosales, no parece haber duda de que los indios que ellos pintan eran de la misma estirpe que nuestros *Chiquillanes*. En ambos casos eran altos, delgados y enjutos. Eran grandes corredores, nómades que vivían de la caza, habitando toldos de

---

\* *Historia General del Reyno de Chile*. Tomo II, pp. 97-98.

cueros de guanaco. Ambos eran eximios fabricantes de cestería y obras de plumas, y el territorio de ambos se extendía hasta el río Diamante, los unos por el norte y los otros por el sur.

Pero hay otra razón todavía para creer que todos estos indios formaban parte de una sola nación. En 1607 el Padre Luis de Valdivia publicó en Lima dos *Doctrinas, Confesionarios, Artes y Vocabularios*, de las lenguas *Alentiac* y *Milcayac* habladas respectivamente en las provincias de San Juan y Mendoza. Algunos ejemplares del primero se salvaron y por la reimpresión facsímile hecha en Sevilla por don José Toribio Medina se ha podido estudiar dicha lengua. Por mucho tiempo no se tenía noticias del Arte correspondiente a la lengua *Milcayac* y se llegó hasta creer que no se había dado a la imprenta. Sin embargo, un día se encontraron algunos fragmentos de dicha *Doctrina*, los que también han sido reproducidos por el mismo bibliófilo, de manera que sabemos que fué publicada, y que la lengua existía. Pues con toda probabilidad, era esta la lengua hablada por los indios *Chiquillanes* y congéneres del sur de Mendoza, idioma que llama Gómez de Vidaurre corrupto y gutural.

Por el vocabulario de *Alentiac* sabemos que en dicha lengua, la voz gente se traducía por *ac* o *yac*. No sabemos la voz correspondiente en *Milcayac*, pero creemos que puede ser *llame* o *yame* y por el siguiente motivo: el Padre Rosales, al describir los indios del sur de la provincia de Mendoza, colindantes con el río Diamante y otro río cordillerano de la misma zona que llama río Turbio, nombra las diferentes tribus que habitaban el distrito. Dice: «perceveran hasta oy aunque no en tanto número en el río Turbio abajo y todos hablan diferente lenguas y por lo general la de los Puelches y son las naciones siguientes: *Puelches, Morco-yames, Siqui-llames, Ultuc-llames, Mentu-yames, Tunu-yames, Chomes, Oto-yames, Cuc-yames, Voycos, Zoqui-llames*, y otros que dexo por no cansar con nombres tan extremos».

Todos estos indios eran los más próximos a los *chi-*

*quillanes*, a quienes igualaban en su aspecto físico, en su cultura y en sus costumbres, de manera que es difícil no considerarlos de la misma nación. Con seguridad el verdadero nombre de estos indios era *chiqui-llames* y no *chiquillanes*. El cambio de la *m* por *n* era muy común entre los españoles, quienes modificaban los nombres indígenas constantemente, voluntaria o involuntariamente, como Inga por Inca, cavi por cahuin, longo por lonco, etc. etc. y es esto seguramente lo que ha pasado en la trascripción de este nombre, así como vemos a Rosales decir indiferentemente *llames* o *yames*.

Los *chiquillanes* o *chiqui-llames* serían entonces la rama meridional de aquella nación que a la entrada de los españoles en la provincia de Cuyo a mediados del siglo XVI, ocupaba toda la región sub-andina de la República Argentina, desde el río de Mendoza por el norte hasta el grado  $35\frac{1}{2}$  por el sur, donde limitaba con los pehuenches. Su lengua sería con toda probabilidad el *Milcayac* del Padre Valdivia, que se hablaba al sur de Mendoza.

Es muy posible que la nación que ha figurado en la historia con el nombre de *Pehuenches* sea una extensión del mismo pueblo, aunque, según las descripciones de ellos correspondientes al siglo XVIII, parecen haberse modificado considerablemente, acercándose más al tipo de los araucanos y hablando la lengua de estos últimos. Sin embargo, las primeras noticias que tenemos de los *Pehuenches* son muy diversas de la de los siglos posteriores.

Fueron descubiertos y descritos por primera vez, por Pedro de Leiva en 1563 y en aquellos tiempos habitaban al oriente de la cordillera de los Andes, en las saldas y en los valles que daban a las grandes llanuras de las pampas. Esta descripción ha sido conservada por Mariño de Lobera, quien da una breve relación de la expedición de aquel capitán, la que reproducimos en seguida. El gobernador Francisco de Villagra, teniendo noticias que los indios de Angol estaban inquietos y que estaban esperando un momento favorable para sublevarse, reunió un pequeño ejército en ese distrito; «Viendo el gobernador lo que

se tramaba trató de formar ejército nombrando para ello oficiales de guerra, entre los cuales salió por su lugar-teniente el capitán Pedro de Leiva natural de la Rioja con cuarenta hombres de a caballo, entre los cuales iba Joan de Losada, y Quiroga y Julio (Juan) Morán. Pero como los indios rebelados aun no habían acometido declaradamente, parecióle a Villagra que se podía emplear por entonces aquella gente en ir descubriendo nuevas tierras, y así les envió con ese intento. Habiendo pues caminado veinte leguas hacia la parte de la sierra vinieron a subir a lo más alto de la cordillera nevada de donde descubrieron unas llanadas muy extensas que van a dar a la mar del norte, de suerte que mirando al sur vían a la mano derecha las tierras y las costas del mar llamado del sur, y a la mano izquierda vían los confines de la mar del norte. Y para ver todo esto más de cerca se fueron bajando hacia la mar del norte por la tierra llana; *donde hallaron muchas poblaciones de indios de diferentes talles y aspecto de los demás de Chile, porque todos sin excepción son delgados y sueltos; aunque no menos bien dispuestos y hermosos por tener los ojos grandes y rasgados y los cuerpos muy bien hechos y altos.* El mantenimiento de esta gente casi de ordinario es *piñones* sacados de unas piñas de diferente hechura y calidad, así ellas como sus árboles..... Y es tan grande el número que hay de estos árboles en todos aquellos sotos y bosques que bastan a dar suficiente provisión a toda aquella gente, que es innumerable, tanto que ellos hacen el pan, el vino y los guisados. Y por ser la principal cosecha a cierto tiempo del año, tienen silos hechos debajo de la tierra, donde guardan los piñones.....

•Esta tierra corrieron los españoles algún trecho y aunque había en ella algunos prenuncios de oro les pareció dejarlo por entonces por estar muy lejos de los demás españoles, teniendo en medio la gran cordillera nevada. Y así dieron la vuelta a la ciudad de los infantes donde el gobernador estaba aguardando el suceso de su viaje.

Los cuerpos altos y delgados alejan estos indios de los indios chilenos y les acercan a los *Chiquillanes* y *Huarpes*. Los

mismos expedicionarios declaran que eran de aspecto de los de Chile.

Estos indios que desde entonces se han llamado *Pehuenches* por habitar entre los *pehuenes* o pinares, solían hacer incursiones por los boquetes de la Cordillera, entre Chillán y Antuco para asaltar y llevar el ganado y robar las mujeres y niños de los indios chilenos. Tan frecuentes llegaron a ser estas incursiones durante los primeros años de la ocupación española, que en 1565 se fundó, cerca de la actual ciudad de Chillán, un fuerte que se llamó San Ildefonso, el que fué asaltado y quemado por los indios pocos años después. Siguiéron los asaltos y en 1580. Martín Ruiz de Gamboa fundó en el mismo lugar la ciudad de San Bartolomé de Gamboa (Chillán), y dió una gran batida a los *Pehuenches*, persiguiéndolos hasta el otro lado de los Andes. Sin embargo, esto sirvió solamente de escarmiento por un corto tiempo, porque hallamos que en 1584 habían vuelto a aterrorizar la vecindad.

En aquella época los *Pehuenches* no habitaban en este lado de la Cordillera, pero a comienzo del siglo XVII unas tribus de ellos ocuparon los valles interandinos, del curso superior del Bío-Bío y desde entonces siguieron en posesión de estos y otros valles de la entre-cordillera, extendiéndose poco a poco más al sur hasta Villarrica. No obstante, la mayor parte de ellos continuaban en las faldas orientales de los Andes, y llevaban sus correrías por las Pampas.

Olaverría, hablando de ellos en 1594, los llama *Puelches* porque habitaban al lado oriente de la Cordillera y todavía no habían ocupado los valles entre las cordilleras. Jerónimo Pietas dice que era notable la agilidad y ligereza que tenían en sus personas, pero es Molina quien nos demuestra que su cultura era igual a la de los *Chiquillanes* y *Huarpes*: Dice: «A pesar de su genio inquieto y vagabundo, son los más laboriosos y más comerciantes de todos los salvajes. En sus toldos jamás están ociosos. Las mujeres fabrican mantas de varios colores. Los hombres se aplican ya a *texer bellísimos cestos y hacer bellas obras de madera, de plumas o de pieles, que son muy busca-*

das de sus vecinos. Todos los años entran en las confinantes provincias españolas, donde tienen una especie de feria que suele durar 15 o 20 días; conducen sal fósil, yeso, brea, cobertores de camas, ponchos, pieles, lana, tienda de cuero perfectamente entretexidas, canastos, vasijas de madera, plumas y huevos de aves truz, caballos, novillos, etc.

Así es que los Pehuenches primitivos, tanto en su aspecto físico como en sus costumbres nómadas, y en sus industrias, de cestería, plumería y curtiduría, se asemejaban más a la nación que incluía a los *Chiquillanes* y los *Huarpes* que a los Araucanos u otros indios chilenos.

Cierto es que en el tiempo de Molina, hablaban la lengua araucana, a lo menos las tribus que ocupaban la región interandina, y se parecían más a los indios de esta banda. Esta modificación es, sin embargo, de fácil explicación. Debe recordarse que desde la Conquista y tal vez antes, se acostumbraban a maloquear los indios chilenos y robarles sus mujeres e hijos, los cuales se criaban en los hogares Pehuenches y al crecer se incorporaban en las tribus de ellos. En algunas generaciones la mezcla sería completa y como los niños aprenden la lengua de las madres y la mayoría de estas eran de estirpe chilena, es natural que tanto la lengua como el tipo físico se modificara.

Muchos de los historiadores de Chile consideraban que los *Chiquillanes* eran emparentados con los *Pehuenches* y aun que lo niega Molina, porque en su tiempo hablaban otra lengua y tenían aspectos diferentes, es más que probable que tuvieran razón.

Buscando las afinidades más al norte, encontramos en la provincia de la Rioja, habitando la sierra y los llanos de esa region, un pueblo llamado *Juries* o *Suris* cuyo nombre significaba avestruces, que en cuanto a su físico eran casi idénticos con las tribus que hemos descrito. No podemos formar ninguna conclusión respecto de las relaciones que pueden haber existido entre dicho pueblo y sus congéneres de más al sur, pero es un punto digno de estudio.

Entre tanto se puede decir que, en el tiempo de la conquista

española, existía al oriente de los Andes, ocupando los valles cordilleranos y los llanos a sus pies, entre los grados 30 y 38, un gran pueblo, distinto de los indios chilenos y diferente también de las naciones de las pampas de más al éste. Este pueblo incluía a los *Huarpes* de Mendoza, los *Chiquillanes* y al parecer los *Dehuenches*. Posiblemente los *Juries* de más al norte eran otra rama de este mismo pueblo, aunque por el momento, nada se puede asegurar al respecto.